



INTÉRPRETE DE SUEÑOS

por Claudio Landete Anaya

Paciente: Philip Libermann

Los Libermann son una familia de clase media acomodada que vive en un departamento pequeño, económico. Gastan más bien poco, ahorrando todo lo que pueden para costear los futuros estudios de su único hijo. Aunque tal meta parece sobrepasar las posibilidades del muchacho. El padre, hombre de cincuenta años y pico, brillante, amable y cálido, emigró a Nueva América cuando adolescente y posee un negocio próspero en sociedad con sus hermanos. Infeliz en el matrimonio, un agudo sentido de la responsabilidad con respecto a la enfermedad de su hijo Philip, le impide desmembrar la familia.

La madre es nerviosa, regañona, angustiada, enfermiza y retraída. Tiene con el niño una relación desmoralizante y dual: trata de adivinar sus necesidades y hace todo lo posible por satisfacerlas; pero cuando esto ocurre, rechaza al muchacho porque no es independiente. Inflexible en el trato con él, principalmente porque no conoce otra manera de comportarse, se lamenta que desde el nacimiento del hijo todo ha sido una incesante lucha

Philip nació normalmente, cumplido el término del embarazo. Fue muy propenso a los cólicos. Y hasta los dos años vomitó profusamente. Presentó una correcta coordinación: caminó a los diez meses y pronunció frases coherentes desde los dos años. Fue un niño activo, aunque descontento. Siempre durmió mal, perturbado e inquieto; con frecuencia tenía pesadillas y se despertaba llorando. Un historial común. Nada hacía entrever que en un reconocimiento médico se le detectaría una disfunción progresiva en la glándula pineal y que, de no tratarse correctamente, sufriría de enanismo y de insomnio crónico de por vida.

Respecto al crecimiento, la administración de hormonas sintéticas ha resuelto el problema. En cuanto al sueño, en fin, eso es otra historia...



Escenario onírico: 3-10

La imagen básicamente es la de un hombre sentado encima de un ave blanca, un ganso de enormes dimensiones. De fondo veo nubes sobre un cielo azul celeste. Los colores son claros, un ambiente tenue, lo que induce a pensar que el tono es optimista. Más abajo se aprecian dos valles, coronados por árboles de copas alargadas, me recuerdan cipreses. A la parte derecha de la línea que delimita el horizonte, descansa una diminuta estructura rectangular. Es la visión frontal de un castillo lejano con sus torreones y almenas. Me llama la atención lo infantiles e inseguros que son los trazos. Volviendo a la parte principal, el ave que remonta el vuelo con un hombre sobre su lomo, creo que corresponde a una acción onírica: expresa que mi paciente, Philip Libermann, desea encaminar su vida en una dirección concreta. Como la trayectoria es ascendente, interpreto que significa aspiración y consecución. Es una lástima que la visualización no sea completa. Me es imposible conocer una serie de apuntes de vital importancia: nunca sabré si el movimiento era calmo, brusco o errático; si llegó o no a alcanzar las nubes; si se encontró con una bandada de aves y un largo etcétera de circunstancias esclarecedoras. Aunque estas carencias no son de extrañar, pues esto no es un sueño, aunque debiera serlo por el bien de todos.

Incluso con elevadas dosis de sedantes, Philip Libermann nunca pasa del Estado 1: somnolencia. Sin embargo, su breve edad -doce años- me hace albergar esperanzas, al igual que a sus padres, de que habrá alguna alternativa. En contra de la opinión generalizada, el sueño no es tan beneficioso como se piensa a nivel corporal o físico. Es la actividad mental lo que me preocupa. Samuel Buronson. Psicólogo Analítico.

Unidad de sueño DSH-146

-Nuestro hijo nunca antes mostró interés ni por la pintura ni por ninguna otra actividad artística. Ahora sin embargo, Philip vive obsesionado por los dibujos y los cuadros. Muchas veces su madre o yo nos lo encontramos con la mirada perdida, rodeado de láminas. Otro hecho que nos desconcierta es que comienza muchas ilustraciones, pero finalmente termina muy pocas. Descarta sin concluir nueve de cada diez láminas que empieza a garabatear -comenta el cabeza de familia que ha venido sin la esposa a la consulta.

-¿Sabe qué es lo que más me llama la atención? Lo infantiles y dubitativos que son los trazos, parecen más bien de un infante de menor edad.



-A nosotros, como padres, nos preocupan otras cosas.
-Cuénteme... -invita el psicólogo, intrigado.
-Normalmente no dejamos solo a Philip, pero una tarde hace un mes tuvimos un compromiso con unos amigos y fuimos un momento a su casa. Cuando regresamos, nos encontramos a nuestro hijo en el suelo, con los brazos cruzados encima del pecho; casi como si estuviera muerto, pero lo más extraño fue que había dispuesto alrededor de él varios cuadros, rodeándolo, como formando una especie de aura.
-¿Los dibujos eran obra de Philip? -preguntó Samuel Buronson.
-Eso es lo más extraordinario: no. No fueron pintados por él. Aproveché nuestra ausencia para destrozar un libro de arte de la biblioteca. Lo desgajé por completo, separé el lomo del encolado y arrancó las páginas.
-¿Qué dijo, cuando le preguntaron?
-Nada. Nunca comenta el suceso. Elude cualquier alusión acerca de ese episodio tan desagradable. Nos llevamos un susto de muerte.
-¿Y los dibujos de qué clase eran? ¿Qué representaban las pinturas? -preguntó Samuel Buronson.
-Nada concreto, la verdad. Eran reproducciones de cuadros abstractos de diferentes épocas y pintores.
-¿Recuerda los títulos de esas obras? -dijo intrigado el psicólogo.
-Por supuesto. Estaba *Pintura moderna con rayo* de Roy Lichtenstein; *Bash* de Eduardo Paolozzi; *Mesa al sol* de Salvador Dalí; *Ad Parnassum* de Paul Klee; *La guerra* de Marc Chagall; *Sanfer-Naschdruck* de Wassily Kandinsky; *El hombre controlador del Universo* de Diego Rivera; *Héctor y Andrómaca* de Giorgio de Chirico; pero principalmente *Carnaval del arlequín* de Joan Miró. Este último cuadro lo situó encima de su cabeza.
-Tiene usted una memoria portentosa -apuntó Samuel.
-No, en absoluto. Lo que sucede es que una escena como aquella no se olvida nunca. Créame -aclaró el padre.
Samuel Buronson, como responsable de los análisis y reflexiones de aquella unidad de sueño, tomó nota y quedó largo rato pensativo.

Crisis de ausencia 1

Estoy desconcertado, a falta de otra palabra más apropiada. Philip Libermann ha experimentado una *crisis de ausencia*. Por un período ha permanecido ajeno a todo lo que pasaba alrededor suyo. No ha sido dramática, no ha caído al suelo y la recuperación ha sido rápida. Pero el niño ha quedado distraído, areactivo, con pérdida de relación con el medio; lo que significa que ha sufrido una momentánea alteración de la consciencia.

Afortunadamente, no ha manifestado colapso ni convulsiones, ni dificultad para respirar. El niño sólo ha quedado con la mirada fija, ajeno. No



presenta recuerdos de ese momento. Toda la secuencia se ha producido con tranquilidad.

Principalmente me llaman la atención dos cosas. En primer lugar: la duración. La crisis de ausencia es un fenómeno muy breve, normalmente de 5 a 15 segundos, pero hoy Philip ha desconectado durante tres minutos aproximadamente. El segundo anacronismo es el tono vital. Philip Libermann ha salido de este episodio con mejor ánimo del que entró. Incluso sonreía.

Aunque existe un tercer elemento que también me desconcierta, no sé cómo vincularlo a este episodio. Pocos minutos después de recuperar el conocimiento, ha pedido ver el primero de los dibujos trazados por sus propias manos: el *Escenario onírico 3-10*. Diría que mirarlo le ha proporcionado una extraña alegría. Acto seguido, le ha puesto un título a la ilustración del hombre montado sobre el ave blanca de grandes dimensiones. Ha garabateado la palabra ESPÍRITU en la base del dibujo.

Aprecio que me equivoqué en la interpretación del escenario. Situé mi atención en la acción de volar, mientras que mi paciente se centraba principalmente en el concepto del alma: el ave blanca. No supe ver que el espíritu o alma se personifica muchas veces como un ser activo y alado, como en este caso. El espíritu es un concepto dinámico que se opone a la inercia.

Interlocutor: Hugh Libermann

El padre se ha presentado (otra vez solo) en el consultorio. Se le ve tenso, preocupado por la reciente crisis que ha padecido Philip. Me llama la atención el alejamiento reiterado de la esposa.

-¿Su mujer no ha podido venir?

-Madeleine dice que lo siente, pero no puede más. Que ya ha sufrido bastante en esta carrera cuesta arriba que siempre ha sido la salud de nuestro muchacho. Hemos tenido una escena (pausa) y al final hemos acordado que vendría yo.

-Entiendo.

-¿Ahora sufrirá ataques? -pregunta.

-Con franqueza, no lo sabemos. Sólo hemos podido asociar que existe una relación entre la falta de la función onírica y el acto de dibujar. Para desentrañar el misterio que se esconde en la mente de Philip, hemos de interpretar las ilustraciones. Qué le impulsa a dibujar y a rodearse de una forma tan obsesiva de láminas pintadas.

-¿Y van haciendo progresos, en esa dirección?

-No. Nadie en la unidad de sueño ha deducido una teoría coherente con esta situación. Personalmente, debo decirle que hay momentos en que creo que Philip y yo estamos en distintos niveles. Como si habláramos dos lenguajes, casi sin nexo de unión.



-¿Qué quiere decir? -pregunta Hugh, agitándose en el asiento.

-Es extraño. Cuando analicé el primero de los dibujos, yo pensé que se refería a una acción: el acto de volar. Pero cuando Philip le puso nombre al gráfico, lo llamó ESPÍRITU.

-¿Y qué tiene eso de particular?

-Pues que Philip, realmente, estaba un paso por detrás de mi interpretación, a un nivel más elemental. Lo tituló como un arquetipo, es decir una estructura elemental del inconsciente. Por arquetipo entendemos un bloque de construcción básico de la imaginación común a todas las personas, independiente de su cultura o posición. Son modelos universales, como por ejemplo: Números, Madre, Dios, Persona, Sombra...

-No lo veo venir, doctor.

-Yo buscaba una construcción más compleja del imaginario de su hijo: un escenario que englobara personas o una acción llevada a término por alguna de ellas, y encontrar después el significado simbólico. De esta forma se actúa para interpretar los sueños. Di por supuesta la fase elemental. No pensaba que tendría que detenerme tan abajo para comprenderle. Por ponerle un símil, yo buscaba un edificio levantado por la mente de Philip, para identificar su actual universo psíquico, y me encontré con que se centró sólo en uno de los ladrillos de la imaginación.

-¿Y qué significa?

-No lo sé -después de un largo suspiro-, todavía no lo sé. Si se repite esta circunstancia, tendré que cuestionar el actual método de análisis.

Escenario onírico: 8-10

El dibujo de hoy aparece más apagado, más clarooscuro que en trazos anteriores. Las nubes ya no se ven tanto como de algodón. Sin duda es una pesadilla. La plasmación de temores. Es de noche, se ve la luna alta en el firmamento. Ha imaginado un enemigo violento y misterioso. Eso explicaría sus grandes dimensiones y el color marrón oscuro. Parece un toro, pero le falta definición a la silueta. Es curioso porque una pesadilla habitual consiste en intentar escapar corriendo sin conseguir moverse del sitio, lo que refleja el temor primario a ser apresado por algo superior y más fuerte que nosotros mismos. Aunque, curiosamente, en este caso ha dibujado al enemigo enfrente de él mismo. Ambos están en actitud de correr, aunque no hay huida ni persecución, van hacia los brazos del otro. Si me ciño estrictamente a la imagen, veo confrontación. Quizá se imaginó perseguido y en la fantasía intentó librarse del perseguidor, terminando por encararse a él. Necesito descubrir el mensaje escondido, si es que existe. Una cosa sí está clara: el

enemigo, por su dramatismo, simboliza algo desconocido. El resto del paisaje es prácticamente el mismo que en el Escenario onírico 3-10, aunque nocturno. Mantienen sus posiciones en los mismos lugares: los dos valles



perfilándose contra el horizonte, los árboles y el castillo. Un momento, en una de las torres hay una figura femenina que no había salido antes. Es muy diminuta, sólo se aprecia su largo cabello y que va vestida de rojo.

En una persona normal el estado de somnolencia es una mera transición de la vigilia al sueño. La actividad alfa disminuye y es sustituida por una actividad de frecuencia mixta y voltaje relativamente bajo, con movimientos oculares lentos. Pero mi paciente carece de ciclos circadianos, para él todo es vigilia. Por eso se ve obligado a pintar, quizás, las pesadillas que no puede soñar. Samuel Buronson. Psicólogo Analítico.

Crisis de ausencia 2

La crisis de ausencia se ha presentado exactamente igual que la primera vez. La única diferencia ha sido la duración, cercana a los cinco minutos, pero el muchacho no parece sufrir en absoluto. Lo habitual sería padecer varios episodios pequeños en el mismo día y no estos ataques anormalmente largos.

Al salir del trance ha pedido ver el segundo dibujo, el que yo catalogué como una pesadilla nocturna. Aquí viene la nueva sorpresa. Lo ha titulado HÉROE. Aparece un arquetipo onírico de nuevo. Se ha quedado, otra vez, largo rato mirándolo y después lo ha guardado tal cual fuera un objeto de gran valor. Al preguntarle no ha sabido decirme el porqué, aunque manifestaba un optimismo y una alegría que contrastaban con la enorme preocupación de sus cuidadores en la unidad de sueño que no adivinamos a comprender qué está sucediendo con Philip.

Los héroes persiguen una meta, tienen una causa por la que luchan. En su camino se hacen con todos los recursos que pueden ayudarles en su misión. Lo mismo que Philip se está haciendo con una colección de dibujos que no dejan de ser elementos básicos de su imaginario para realmente hacer... ¿qué?

¿Construir vivencias oníricas más avanzadas?

¿Soñar despierto, quizás en un futuro?

Por fin, empiezo a vislumbrar visos de una teoría forjándose en mi mente. El paciente puede haber perdido la función onírica al no poder conciliar el sueño, pero a cambio... ¿podría desarrollar una nueva facultad?

Entro en la red informática. Mientras el servidor va cargando la pantalla de inicio, rebusco en el expediente de Philip Libermann hasta encontrar la relación de cuadros abstractos que me comentó el padre... aquella noche que lo encontraron tirado en el suelo. Introduzco los títulos de las obras en el navegador y las voy visualizando. No son realistas, cada una con un registro propio, con distinta luz y textura, pero representan conceptos. En todos aprecio un aire de ensoñación y/o un profundo significado simbólico.



Escenario onírico: 14-10

Veo a un hombre que camina por un prado. No considero relevante nada en su figura. Ni el pantalón color marrón ni el jersey azul, ni la mochila que cuelga a su espalda. El paisaje se presenta despoblado, sólo unos pocos matorrales a lo lejos. Parece un relieve: un primer plano del hombre caminando y su sombra, en contraste con un fondo anodino, más bien desprovisto de detalles y de definición.

Mi interpretación inicial sería el acto de VIAJAR. Debería coincidir con la situación personal de Philip Libermann: deseos de efectuar cambios positivos en la vida, el viaje es una metáfora del crecimiento y la exploración personal. Pero, por la experiencia acumulada en los dos escenarios oníricos anteriores, busco otro nivel de significado más elemental. Tampoco veo puntos de referencia en el prado de fondo, el paisaje no parece abrirse ante cada paso que da el caminante de la mochila. No. La interpretación ha de ser obligatoriamente distinta. Sólo me queda enunciar SOMBRA, pues es el otro elemento que ha sido dibujado con verdadero detalle. Esta explicación coincide con la pauta que hasta ahora muestra el paciente de asignarle a sus dibujos los nombres de los bloques de construcción más básicos de la imaginación.

La sombra es la cara oscura del yo y representa los aspectos de la personalidad que nos gustaría mantener ocultos. En resumen: lo que una persona no desearía ser.

Quedo nervioso, intranquilo. Retiro toda posible medicación que pudiera evitar la próxima crisis de ausencia. Decido que un cuidador de la unidad de sueño acompañe en todo momento al paciente. Estábamos equivocados. La crisis de ausencia no es una enfermedad en sí, sino un síntoma, un indicador que nos permitirá resolver este extraño caso clínico. Samuel Buronson. Psicólogo analítico.

Hipótesis de trabajo

-Hemos dejado por fin de dar palos de ciego.

-¿Acaso no ha sufrido mi hijo una nueva crisis? -pregunta Hugh Libermann.

-Sí, ha quedado ausente de nuevo. Y el lapsus ha sido más largo. Cada ataque es siempre más duradero que los anteriores. Pero hemos sido capaces de predecir los acontecimientos. Al último escenario onírico lo ha llamado SOMBRA, como yo intuía. Por fin hemos deducido una pauta de regularidad y disponemos de una hipótesis.

-Entonces...¿curará a mi chico, doctor?

-No -respondió secamente el psicólogo-. No lo curaré. ¿Sabe por qué?



Philip está aprendiendo a hacerlo él solo, sin ayuda de nadie.

-No lo entiendo.

-Verá es sólo una teoría, pero explica con coherencia la actitud y circunstancias de su hijo.

El padre asintió cabizbajo.

-La pintura, la relación de cuadros abstractos que me facilitó, no es más que una herencia cultural de toda la humanidad. Representan símbolos, conceptos, modelos ideales. Son una manifestación artística y palpable de lo que se denomina el "inconsciente colectivo". Por inconsciente colectivo entendemos un sustrato de la conciencia que es común a todos los hombres, con independencia de su cultura, religión o cualquier otro factor social. En resumen: la suma de todas las experiencias acumuladas por la especie humana a lo largo del tiempo. Allí anidan, en ese lugar geométrico de la mente, los grandes temas: los modelos eternos, los mitos recurrentes y también las estructuras oníricas. Los psicólogos sabemos que esta parcela de la imaginación puede reconstruirse y acceder a ella por caminos indirectos y eso es precisamente lo que está haciendo su hijo. Está reorganizando sus estructuras del sueño. Primero accediendo a las imágenes primordiales legadas por los genios de la pintura: Roy Lichtenstein, Eduardo Paolozzi, Salvador Dalí, Paul Klee, Marc Chagall, Diego Rivera, Giorgio de Chirico, Joan Miró... y con esos recursos ahora se dispone a reorganizar su propio inconsciente, adaptando las estructuras oníricas a su triste condición de persona insomne permanente.

Procesos mentales adaptativos

Se rogó con insistencia la presencia de ambos cónyuges para la última reunión porque la unidad de sueño de la que era responsable Samuel Buronson por fin ofrecía un diagnóstico. Aunque la explicación era tan extraordinaria como la propia dolencia.

-Como comenté en alguna entrevista anterior, el cometido principal de la función onírica no es el sueño en sí como elemento reparador corporal. El dormir debe considerarse mejor como una forma innata de comportamiento que nos sustrae temporalmente de nuestro medio ambiente. Esta desconexión de la cotidianeidad, necesaria en términos de actividad mental, ha vuelto a la vida de Philip por medio de un proceso mental adaptativo. Philip Libermann está reemplazando por crisis de ausencia aquellas fases del sueño (REM, Delta, NREM) que es incapaz de alcanzar debido a su enfermedad progresiva en la glándula pineal o epífisis.

No podrá disfrutar de ciclos circadianos, de alternancias sueño-vigilia, pero su cuerpo; no, mejor dicho, su mente se ha adaptado para reemplazar esta carencia con una enfermedad.



-¿Utiliza una enfermedad, para soñar? ¿Es eso lo que quiere explicarnos? -comentó el matrimonio.

-Más o menos. Es digamos... un seudo sueño que utiliza estructuras y procesos que en origen tenían una finalidad diferente. La naturaleza es sabia y su hijo estaba todavía en una edad en la que se manifiestan por primera vez estos ataques emparentados con la epilepsia. En Philip no son agresivos, no existen convulsiones, su cuerpo no sufre; en apariencia no hay ningún elemento perjudicial. Además está el tema de la duración, cada vez son más prolongados. Piensen que siempre sale de ellos con buen tono y carácter.

Silencio en el consultorio por parte del matrimonio Libermann.

-Quedan muchos factores por calibrar en su justa medida. Parece que el seudo sueño, al igual que el proceso original, no burla la censura del consciente y Philip no recuerda tampoco nada de lo que acontece en cada ausencia. Da la impresión que también este proceso mental adaptativo se sustenta en elementos básicos de significado, modelos primarios, al igual que los arquetipos oníricos y que con ellos la mente podrá construir en un futuro acciones y estructuras más complejas.

-¿Sabe lo que nos está diciendo? ¡Philip volverá a soñar! -exclamó el padre emocionado.

-Así es, no como usted, su esposa o yo. Pero aquella noche que encontró a su hijo tirado en el suelo, rodeado de parte de la herencia cultural más relevante que nos han legado los importantes genios pintores de todos los tiempos, estaba buscando de forma intuitiva la llave del imaginario universal: estimular sus residuos primarios de inconsciente colectivo porque eso le permitiría, de alguna forma, volver a soñar.

-Si las cosas son tal como usted dice, señor Buronson, entonces no existe la palabra imposible -comentó la sra. Libermann, en un raro acceso de confianza, pues siempre se mostraba retraída.

-A la luz de mi propia experiencia, la palabra imposible no debe existir en el diccionario médico, yo por mi parte haré como Philip y también la reemplazaré por algo similar.

-¿Qué término empleará en lugar de imposible? -preguntó Hugh Libermann.

-Improbable, la palabra será: improbable.

Escenario onírico: 29-12

Philip reconoció el lugar. Tuvo la sensación de haber estado allí con anterioridad. El agua descendía ladera abajo, un flujo constante y pertinaz hasta llegar al muro. Aquella pared pétrea en otro tiempo no estuvo allí, impidiendo que el camino líquido continuase fluyendo más allá. Interrumpía el paso sin dejar el menor resquicio por el que seguir. Sólo había una posibilidad



de superarlo: escalarlo. El agua se acumulaba desde años en aquella especie de dique y ya tenía la misma altura que el obstáculo. Aunque el fluido estaba retenido allí desde tan antiguo, estancado, no se había corrompido. Las aguas no aparecían hediondas, ni turbias, ni pútridas, como hubiese sido normal. Las siguientes gotas continuaron el recorrido resbalando sobre la tensión superficial de sus hermanas y consiguieron asirse a la cima del muro. La masa líquida pareció agitarse cuando el caudal extendió un puente hasta el extremo opuesto de la pared. La piedra emitió un lamento quejumbroso ante el avance silencioso, casi dubitativo por un segundo. El camino de agua se agrupó y serpenteó por encima de la superficie rugosa del muro. Había costado una eternidad, pero aquel dique inamovible, síntoma de: prisión, disturbios, enfermedad o pena, según la interpretación habitual de los sueños, por fin había sido superado.

La senda transparente continuó su deambular como un leve goteo, cayendo como llovizna a la resequedad y tanto tiempo yerma tierra que ocultaba el muro más allá de su falda. El preciado líquido era absorbido por el estéril terreno nada más tocar el suelo. La secuencia no cesaba, cadencia constante, infatigable al desaliento, renovándose segundo a segundo con la llegada de nuevas lágrimas portadoras de riqueza y abundancia. El momento era una promesa de felicidad, de anhelos que se cumplirían. Y esta escena, el Escenario onírico 29-12, por fin, es lo que debía ser: un sueño. El primero, después de tanto tiempo, en la mente del joven Philip Libermann.

**Autor: Claudio Landete Anaya; Mataró, Barcelona, España.
Relato inédito.**

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de la obra "Intérprete de sueños" en nuestra web con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.